

Tal demanda le hacia.
 —Espinelo, mi Espinelo,
 ¿Cómo naciste en buen día!
 El día que tú naciste
 La luna estaba crecida,
 Que ni punto le sobraba,
 Ni punto le fallecia.
 Contádesme, Espinelo,
 Contádesme vuestra vida.
 —Yo te lo diré, señora,
 Con amor y cortesía:
 Mi padre era de Francia,
 Mi madre de Lombardia;
 Mi padre con su poder
 A Francia toda regia.
 Mi madre como señora
 Una ley hecha tenia:
 La mujer que dos pariese
 De un parto y en solo un día,
 Que la den por alevosa
 Y la quemem por justicia,
 O la echen en la mar
 Porque adulterado habia.
 Quiso Dios, y su ventura,
 Qu'ella dos hijos paria
 De un parto, y en una hora,
 Que por deshonra tenia.
 Fuérase á tomar consejo
 Con tan loca fantasía
 A una cautiva mora
 Que sabia nigromancia.
 —¿Qué me aconsejas, la mora,
 Por salvar la honra mia?—
 Respondiérale: — Señora,
 Yo de parecer seria,
 Que tomases á tu hijo,
 El que te se antojaria,
 Y lo echas en la mar
 En un arca de valia
 Bien embetunada toda,
 Que mas segura seria,
 Y pongas tambien en ella
 Mucho oro y joyeria,
 Porque quien al niño hallase
 De criarle se holgaria.—
 Cayera la suerte en mí,
 Y en la gran mar me ponía,
 La cual estando muy buena
 Arrebatado me habia,
 Y púsome en tierra firme
 Con la furor que traía,
 A la sombra de una mata
 Que por nombre Espina habia,
 Que por eso me pusieron
 D'Espinelo nombrada.
 Marineros navegando
 Halláronme en aquel día:
 Lleváronme á presentar
 Al gran Soldan de Suria.
 El Soldan no tiene hijo
 Por su hijo me tenia;
 El Soldan agora es muerto.
 Yo por el Soldan regia.

(Cancionero, Flor de enamorados. — It. TIMONEDA,
 Rosa de amores. — It. WOLF, Rosa de Romances.)

Este romance viejo tiene vestigios de caracter oriental.

324.

EL INFANTE TROCO.

(Anónimo¹.)

En el tiempo que Mercurio
 En Occidente reinaba,
 Hubo en Vénus su mujer
 Un hijo que tanto amaba.
 Púsole por nombre Troco,

Porque muy bien le cuadraba;
 Criáronsele las diosas
 En la montaña Troyana.
 Era tal su hermosura,
 Que una estrella semejava:
 Deseando ver el mundo,
 Sus amas desamparaba.
 Andando de tierra en tierra
 Hallóse do no pensaba,
 En una gran pradería
 De arrayanes bien poblada,
 En medio de una laguna
 Toda de flores cercada.
 Es posada de una diosa
 Que Salmancia se llamaba,
 Diosa de la hermosura,
 Sobre todas muy nombrada.
 El oficio d'esta diosa
 Era holgarse en su posada,
 Peinar sus lindos cabellos,
 Componer su linda cara.
 No va con sus compañeras,
 No va con ellas á caza;
 No toma el arco en la mano,
 Ni los tiros del aljaba,
 Ni el sabueso de trailla,
 Ni en lo tal se ejercitaba.
 Ella des que vido á Troco
 Quedó de amores llagada,
 Que ni pudo detenerse
 Ni quiso verse librada.
 Mirando su hermosura
 D'esta manera le habla:
 —Eres, mancebo, tan lindo,
 De hermosura tan sobrada,
 Que no sé determinarme
 Si eres dios ó cosa humana.
 Si eres dios, eres Cupido
 El que de amores nos llaga:
 Si eres hombre, ¡cuán dichosa
 Fué aquella que te engendrara!
 Y si hermana alguna tienes,
 De hermosura es muy dotada.
 Mi señor, si eres casado,
 Hurto quiero que se haga;
 Y si casado no eres
 Yo seré tuya de gana.—
 El Troco, como es mancebo,
 De vergüenza no hablaba;
 Ella cautiva de amores
 De su cuello le abrazaba.
 El Troco le dice así,
 D'esta manera le hablaba:
 —Si no estais, señora, queda,
 Dejaré vuestra posada.

(Cancionero, Flor de enamorados.)

¹ Pudiera por su asunto colocarse entre los romances mitológicos ó los amorosos.

325.

EL CONDE GRIFOS LOMBARDO.

(Anónimo¹.)

En aquellas peñas pardas,
 En las sierras de Moncayo
 Fué do el Rey mandó prender
 Al conde Grifos Lombardo,
 Porque forzó una doncella
 Camino de Santiago,
 La cual era hija de un duque,
 Sobrina del Padre Santo.
 Quejábase ella del fuerzo;
 Quejase el Conde del grado:
 Allá van á tener pleito
 Delante de Carlo Magno,
 Y mientras qu'el pleito dura
 Al Conde han encarcelado

Con grillones á los piés,
 Sus esposas en las manos,
 Una gran cadena al cuello
 Con eslabones doblados:
 La cadena era muy larga,
 Rodea todo el palacio;
 Allá se abre y se cierra
 En la sala del rey Carlos.
 Siete condes le guardaban,
 Todos han juramentado
 Que si el Conde se revuelve
 Todos serán á matallo.
 Ellos estando en aquesto,
 Cartas habian llegado
 Para que casen la Infanta
 Con el Conde encarcelado.

(Cancionero, Flor de enamorados.)

¹ Tambien el conde Grifos es protagonista del romance de la *Adúltera castigada*, núm. 299, y aunque no menciona su nombre, puede creerse que lo es del 298. El asunto del que anotamos aquí puede pertenecer á la seccion de los caballerescos carlovingios, y es una de las antiguas é interesantes imitaciones de ellos.

326.

DON DIEGO DE ACEVEDO Y LA INFANTA MORA.

(De Lucas Rodríguez¹.)

Con estraño temporal
 Por el mar embravecido,
 Va Don Diego de Acevedo
 A media noche perdido.
 Los vientos llevan la nave
 Con espantoso ruido,
 Ya la suben, ya la bajan,
 Ya lleva el timon rompido,
 Sin árbol, y sin entena,
 Sin remedio conocido,
 Y el cielo estaba fiublado,
 Y el norte estaba escondido.
 Las nubes derraman agua,
 Baja granizo crecido:
 Con muy temerosos truenos
 Brama el mar embravecido.
 Cuando la nave encalló,
 Que el bogar le fué impedido
 Los de adentro temerosos
 Llevan al cielo sus gritos,
 Invocaban á las santos
 Con clamor muy dolorido;
 Mas como veen el puerto
 Donde Dios los ha metido,
 Saltan en tierra contentos,
 Y despues de amanecido
 Reconocen ser de moros
 La tierra donde han salido,
 En las partes de Visena,
 Donde tuvieron creído
 Que haber arribado allí
 Les fuera muy mal partido.
 Don Diego dijo: — Mis armas
 Y mi caballo lucido
 Saquen de la rota nave.—
 Y á un moro viejo que vido,
 Le dijo: — Amigo, si el Rey
 Agora hubiese sabido
 Que han venido aqui cristianos
 Con tormenta que han tenido,
 ¿Querrá que entren en sus tierras,
 O serles ha defendido?—
 Dijo el moro: — En otro tiempo
 Os fuera bien combatido;
 Mas agora el gran Morlante
 Tiene su bando extendido,
 Que de todo el universo
 Venga quien fuese servido,
 A unas justas que cada año
 En aquesta corte ha habido,

Porque habiendo estado preso
 Diez años, muy abatido,
 Y porque fué en este tiempo
 De la prision redemido,
 Se regocija cada año;
 Pero aqueste no ha querido
 Por una calamidad
 Triste que le ha sucedido;
 Y es: qu'el Rey tiene una hija
 A quien natura ha medido
 En esfuerzo y gran valor,
 Que se lo dió tan subido,
 Que triunfa su hermosa
 Mas que en la que el mundo ha habido.
 Hallóla el Rey con un moro,
 No ménos que ella escogido
 De linaje, y muy valiente,
 Que siempre les ha excedido
 A todos los de la corte
 Y á cuantos de fuera ha habido.
 En un aposento d'ella,
 El Rey acaso los vido
 Solos, mas amor con ellos;
 Qu'él solo los ha rendido.
 Hizolos prender, y luego
 Sin descargo ni partido
 Les ha dado la sentencia,
 Y tiene ya proveido
 Que al caballero degüellen
 En cadahalso subido,
 Y á la princesa tambien,
 Si no hay algun atrevido
 Que se combata con siete
 Moros, por él escogidos;
 Y ha de vencer á los siete,
 Y si él quedare vencido
 Degollarán á los dos
 Sin remedio ni partido.—
 Don Diego maravillado
 De lo que al moro le ha oido,
 Se armó de sus fuertes armas
 Y despues de apercebido
 Va con tan bravo semblante,
 Que de mil gentes seguido
 Dicen que es el mas gallardo
 Que á la corte habie venido.
 D'esta suerte va á palacio,
 Y habiendo al Rey conocido,
 Le hizo gran reverencia
 Y acatamiento debido,
 Y contando de qué suerte
 A su corte habie venido,
 Le dijo: — Rey poderoso,
 Lo que ante tí me ha traído
 Es la sentencia cruel
 Que diste en lo sucedido;
 Y por ser tan cruda y fiera,
 Traigo el corazon partido.
 ¡Mira, Rey, que es gran crueldad
 Lo que tienes proveido!
 ¡Mira que á cualquier humano
 Tiene natural rendido!
 Yo te suplico, señor,
 Que me sea concedido
 Campo, con los siete moros;
 Pero habiéndolos vencido
 Dés por libre á la princesa
 Y al caballero affigido.—
 Dijo el Rey: — Es imposible
 Hacer lo que me has pedido,
 Que será contra la ley
 Que en mi corte se ha tenido.
 Defiende la parte d'ella
 Si estás de tí aborrecido,
 Y porque no me parezca
 Que estás fuera de sentido,
 Te vuelve, amigo, y no quieras
 Pagar lo que no has debido.—
 Don Diego se salió fuera,

Y en su caballo subido,
A voces, que lo oyó el Rey,
Estas palabras les dijo:
—Salgan siete ó salgan ciento,
Que yo estoy apercebido
Para librar la princesa
O quedar aquí tendido.—
Y en el palenque se entró
Que estaba constituido;
Y cuando el Rey moro hubo
Los guerreros elegido,
Mandó poner la princesa
En un tablado subido
Donde viese al caballero
Que defiende su partido.
Estando en esto, Don Diego
A los siete moros vido
Muy refulgentes las armas,
El que menos muy lucido;
Cada cual d'ellos valiente,
Membrudo, fuerte y fornido.
Parten los siete volando;
Mas Don Diego apercebido
Tambien volando arrancó;
Pero d'ellos combatido
En él quebraron las lanzas
Sin ser d'ellos mas movido
Que un duro y fuerte peñasco
O mármol endurecido.
El que Don Diego encontró
Allí le dejó tendido,
Con el hierro de la lanza
En la garganta escondido;
Y de los seis que quedaron,
Aunque cercado se vido,
Dió con su lanza sin hierro
De todos al mas lucido,
Tal golpe, que con caballo
Lo dejó allí amortecido.
Dijo el Rey.—Buen caballero,
Basta, yo doy por vencido
El campo, y el triunfo d'él
Pues le tenéis conseguido.

(Rodríguez, *Romancero historiado*.)

¹ Apénas se comienza á leer este romance se advierte en él el espíritu faccioso de imitación caballeresca, que fué moda entre nosotros en el siglo XVI. Es un cosido de aventuras y lances de caballería enfáticamente expresados, y con pretensiones de falsa elevación poética, que le privan de las buenas y sencillas dotes de los romances viejos.

327.

EL CONDE SOL.

(Anónimo ¹.)

Grandes guerras se publican
Entre España y Portugal:
Pena de la vida tiene
Quien no se quiera embarcare.
Al conde Sol le nombran
Por capitán generale;
Del Rey se fué á despedir
De su esposa otro que tale:
La Condesa quera niña,
Todo se le va en llorare.
—Dime, Conde, ¿cuántos años
Tienes de echar por allá?
—Si á los seis años no vuelvo,
Condesa, os podeis casare.—
Pasan los seis, y los ocho,
Pasan diez y pasan mas,
Y el conde Sol no tornaba
Ni nuevas suyas fué á dare.
Estando en su estancia sola,
Fuéla el padre á visitare:
—¿Qué tienes, hija querida,
Que no cesas de llorare?
—Padre de toda mi alma,

Por la santa Trinidad,
Que me queráis dar licencia
Para al Conde ir á encontrare.

—Mi licencia tenéis, hija,
Haced vuestra voluntad.—
La Condesa al otro día
Al Conde se fué á buscare,
Triste por Italia y Francia,
Por la tierra y por la mare.
Ya estaba desesperada,
Ya se torna para acáe,
Cuando gran vacada un día
Devisó allá en un pinare.
—Vaquerito, vaquerito,
Por la santa Trinidad,
Que me niegues la mentira
Y me digas la verdade:
¿De quién son estas vaquitas
Que en estos montes estare?
—Del conde Sol son, señora,
Que manda en este lugare.
—¿Y de quién son esos trigos
Que cerca están de segare?
—Señora, del mismo Conde,
Porque los hizo sembrare.
—¿Y de quién tantas ovejas
Que á corderos dan mamare?
—Señora, del conde Sol,
Porque los hizo criare.
—¿De quién, dime, esos jardines
Y ese palacio reale?
—Son del mismo caballero,
Porque allí suele habitare.
—¿De quién, de quién los caballos
Que se oyen relinchare?
—Del conde Sol, que suele
Sobre ellos ir á cazare.
—¿Y quién es aquella dama
Que un hombre abrazando estae?
—La desposada señora
Con que el Conde va á casare.
—Vaquerico, vaquerito,
Por la santa Soledade:
Toma mi ropa de seda,
Y visteme tu sayale,
Que ya hallé lo que buscaba,
No lo quiero, no, dejare;
Agárrame de la mano
Y á su puerta me pondrás,
Que á pedirle voy limosna,
Por Dios, si la quiere dare.
Desdeque estuvo la Condesa
Del palacio en el umbral,
Una limosnica pide
Que se la dén por piedade,
Y fué tanta su ventura,
Aun mas que era de esperare,
Que la limosna demanda
Y el Conde se la fué á dare.
—¿De dónde eres, peregrina?
—Soy de España naturale.
—¿Cómo llegastes aquí?
—Vine mi esposo á buscare,
Por tierra pisando abrojos,
Pasando riesgos en mare,
Y cuando le hallé, señor,
Supe que se iba á casare,
Supe que olvidó á su esposa,
Su esposa que fué leale,
Su esposa que por buscallo
Cuerpo y alma fué á arriesgare.
—¿Romerica, romerica,
Callede, no digas tale,
Que eres el diablo sin duda
Que me vienes á tentare!
—No soy el diablo, buen Conde,
Ni yo te quiero enojare;
Soy tu mujer verdadera,
Y así te vine á buscare.—

El Conde cuando esto oyera,
Sin un punto mas tardare,
Un caballo muy lijero
Ha mandado aparejare
Con cascabeles de plata
Guarnido todo el pretale;
Con los estribos de oro,
Las espuelas otro tale,
Y cabalgando de un salto,
A su esposa fué á tomare,
Que de alegría y contento
No cesaba de llorare.
Corriendo iba, corriendo,
Corriendo va sin parare,
Hasta que llegó al castillo
Donde es señor naturale.
Quedádose ha la novia
Vestida y sin casare,
Que quien de lo ajeno viste,
Desnudo suele quedare.

(Tradicional.)

¹ Este romance, que aun se conserva y pasa de boca en boca en Andalucía y tierra de Ronda, está calcado sobre el del Conde Dirlos. Aquí sin embargo se han cambiado los papales, pues la dama es quien busca al marido, y le halla en el caso de desposarse con otra, mientras en aquel sucede lo contrario.

328.

DON GALVAN Y LA INFANTA.

(Anónimo ¹.)

Bien se pensaba la Reina
Que buena hija tenia,
Que del conde Don Galvan
Tres veces parido habia,
Que no lo sabia ninguno
De los que en la corte habia,
Si no fuese una doncella
Qu'en su cámara dormia.
Por un enojo que hubiera
A la Reina lo decia:
La Reina se la llamaba
Y en cámara la metia,
Y estando en este cuidado
De palabras la castiga:
—Hija, si virgen estais,
Reina seréis de Castilla:
Hija, si virgen no estais
De mal fuego seais ardidia.
—Madre, tan virgen estoy
Como el día que fui nascida.
Por Dios os ruego, mi madre,
Que no me dedes marido;
Doliente soy de mi cuerpo,
Que no soy para servillo.—
Subiérase la Infanta
A lo alto de una torre;
Si bien labraba la seda,
Mejor labraba el oro;
Vido venir á Galvan
Telas de su corazon.
Ellas en aquesto estando
El parto que la tomó.
—¿Ay por Dios! ¡ay mi Señor!
Alleguéisos á esa torre,
Recogedme ese mochacho
En cabo de vuestro manto.
Dédesmelo á criar
A la madre que os parió.

(Cancionero de Romances.)

¹ La construcción imperfecta de este romance, y su variación intempestiva del asonante, indica que se ha tomado de la tradición oral, que es muy antiguo, y casi puede asegurarse que de los primitivos: es decir, de aquellos compuestos por la gente del pueblo, que no han venido de los juglares ni de los trovadores, aunque quizá está formado de trozos y de remi-

niscencias de los que unos u otros habían inventado. Corrobora esta última conjetura el hecho que presentan algunos romances que tradicionalmente y sin imprimirse se conservan entre la gente rústica de Andalucía, los cuales, cada uno de ellos suele contener á saltos, sin conexión, sin verdadero enlace, y sin observar la misma rima, trozos ó fragmentos de los juglarescos y de los de los trovadores. Tal es el del número 328, que empieza: *Salió Roldán á cazar*.

329.

CORDURA DE ALIARDA PARA JUSTIFICARSE DE LA CALUMNIA DE UN CABALLERO QUE SE JACTÓ DE HABERLA GOZADO.

(Anónimo ¹.)

—Esta noche, caballeros,
Dormí con una doncella,
Que en los días de mi vida
Yo no vi cosa mas bella.—
Todos dicen á una voz.
—¿Cierto, Aliarda es esa? —
Oídolo había su hermano,
Un hermano carnal della,
Dijéronle allí: — Florencios,
Bien es casarte con ella.
—No quiero hacer, caballeros,
Para mí cosa tan fea,
En tomar yo por mujer
La que tuve por manceba.—
Aun no acabó Florencios
De decir aquella nueva,
Cuando todos prontamente
Dicen luego: — ¡Muera, muera!
¡Muera aquel que ha deshonrado
A Aliarda la mas bella! —
En saber esto Aliarda
Gran enojo recibiera:
Enviéle á decir
En breve desta manera:
—Pésame, mis caballeros,
De hacer cosa tan mal hecha,
Que lo que el loco decia
No era cosa creedera.
Hasta saberlo de cierto
No le habían de dar pena.

(TIMONEDA, *Rosa de amores*. — It. WOLF, *Rosa de romances*.)

¹ Es uno de los buenos romances de la *Rosa de amores*, reimpresso por el Sr. Wolf.

² Esta Aliarda parece ser diferente de la del romance del *Desafío de Oliveros y Montesinos*; que empieza: *En las salas de Paris*.

330.

EL TRAÍDOR MARQUILLOS, Y BLANCA-FLOR.

(Anónimo.)

¡Cuán traidor eres, Marquillos!
¡Cuán traidor de corazón!
Por dormir con tu señora
Degollaste á tu señor.
Desde que lo tuviste muerto
Quitástele el chapiron;
Fuéaste al castillo fuerte
Donde está la Blanca-Flor.
—Abridme, linda señora,
Que aquí viene mi señor;
Si no lo queréis creer,
Veis aquí su chapiron.—
Blanca-Flor desde que lo viera
Las puertas luego le abrió:
Echóle brazos al cuello,
Allí luego la besó;
Abrazándola y besando
En un secreto la entró.
—Marquillos, por Dios te ruego
Que me concedas un don:

Que no durmieses conmigo
Hasta que rayase el sol. —
Marquillos, como es hidalgo,
El don luego le otorgó,
Y como venía cansado
En llegando se durmió.
Levantóse muy lijera
La hermosa Blanca-Flor;
Tomará un cuchillo en mano
Y á Marquillos degolló.

(TIMONEDA, *Rosa de amores*. — H. WOLF, *Rosa de romances*.)

* Lindísimo romance, que puede considerarse como producto del último tercio del siglo xv, aunque posteriormente rehecho y modificado.

331.

EL MALDICIENTE.

(Anónimo.)

Ese conde Cabreruelo,
Con el Rey come á la mesa,
¡Oh cuán mal que se abaldona
A toda mujer ajena!
Apuesta que no hay ninguna
¡Ved cuán mal pensada apuesta!
Si le escucha dos razones,
Que de amores no la venza.
Como el amor atrevidas,
Como la fortuna ciegas,
Como el honor peligrosas,
Como la mentira inciertas,
Así jura que son todas:
¡Falsa jura! ¡injusta tema!
La Reina que tal escucha
Dió sañuda tal respuesta:
—Todas malas no es posible,
Ni es posible todas buenas:
Yerbas hay que dan la vida,
Y quitan la vida yerbas.
Traidores hombres del mundo
Han hecho traidoras hembras,
Dellos aprendieron culpas,
Si culpas cometen ellas.
Ellos hablan, ellas oyen,
Y de mentiras discretas
Dichas hoy, dichas mañana,
¿Quién habrá que se defienda?
Favorecidos se alaban,
Disfaman si los desprecian;
La que los escucha es fácil,
La que no les habla es necia.
Cuántas nacen, cuántas viven,
Por agüero de su estrella,
Al que ménos las merece
Se inclinan con mayor fuerza.
Muchas quejas, muchos dones,
¡Qué mucho que á muchas prendan!
Ejemplo es la piedra dura,
Que agua continua la mella.
Enmendaos, amigo Conde,
Y de hoy mas las damas sean
Vuestro honor, no vuestro ultraje,
Vuestra paz, no vuestra guerra;
Levantad la parte humilde
Que es hazaña de alta empresa:
Todos de mujer nacimos,
Volvamos todos por ellas.

(Romancero general.)

332.

ALBANIO Y FELISARDA.—I.

(De Lucas Rodríguez *.)

Ya se parte Albanio el fuerte,
Y en amores desdichado,

En busca de Felisarda,
En quien tuvo aprisionado
De afición su tierno pecho,
De ingratitud tras pasado
Lo mejor de su niñez
Y el tiempo verde y lozano,
Cuando en casa de sus padres
Se hablaban con recato,
Tan amorosas palabras
De estilo tan delicado,
Que ninguno lo entendiera
Sino de aviso sobrado.
Va por topar á Tereo
De la cólera cegado,
Hechos un ascua los ojos,
De enojo desfigurado,
A veces mirando al suelo
Otras al cielo estrellado;
A veces corre furioso
Y á veces está parado,
Y otras está pensativo,
Y de sí desacordado.
Ya habla consigo solo,
Ya con su fortuna y hado,
Ya prosigue su camino,
Ya vuelve desesperado,
Ya deja suelta la rienda
Al espumoso caballo:
Extremos hace en que muestra
Señales de enamorado.
Solo va por la espesura
En voces altas clamando:
—Ven, adúltero Tereo,
Que aquí te estoy aguardando,
Y verás en breve tiempo
Tu poder, braveza y mando
Destruído, cual merece
La traición de que has usado
En llevarte á Felisarda
Estando yo descuidado. —
Y acabo de una gran pieza,
Que dió fin á lo hablado,
Vido por detras de un roble
Un grande bulto sentado.
Llegóse un poco mas cerca
Por no hallarse engañado,
Que el corazón le dió luego
Gran temor y sobresalto,
Y hallo con certidumbre
Lo que habia sospechado,
Que era sin falta Tereo
Con su Felisarda al lado.
Y estando bien satisfecho,
Aunque en cólera abrasado,
Como prudente y discreto
Un poco se ha retirado.
Felisarda que conoce
A su aborrecido Albanio,
Con gran razon, vergonzosa
De verle se ha recelado.
Dícele: — ¡Dulce Tereo
De mi corazón amparo,
Con Albanio mi enemigo
Cruda guerra se os ha armado,
Y sienten mis ojos pena
De veros atribulado! —
Luego respondió Tereo
Con un ánimo esforzado.
—No sintais pena, bien mio,
Aunque nos haya topado,
Que quien os rinde la vida
Sacará la vuestra á salvo. —
Y diciendo estas palabras
En breve se ha levantado.
Albanio, contra Tereo
Arranca desafortado:
Y los dos valientes mozos,
Tan fuerte guerra han trabado,
Que el uno y otro cayeron

333.

ALBANIO Y FELISARDA.—II.

(De Lucas Rodríguez.)

Amores trataba Albanio
Aunque no los descubria:
Siente el corazón llagado
De Felisarda su amiga,
Que desde niño con ella
Estrecha amistad tenia.
Los mas de sus tiernos años
Y de aquella edad florida
Pasados sin gozar cosa
De su dulce compañía;
Solo la conversacion
Y agradable y dulce vista
Ya que la ingrata fortuna
Traidora y desconocida
Les dió lugar y ocasion,
Cual pudo y les convenia;
Ya que la naturaleza
Con ellos obrado habia
En concedelles los años,
Que á los demas concedia.
La constelacion del cielo
Adonde quiera movia
Al infelice de Albanio
Que simplemente vivia,
Haciendo que el afición
Que Felisarda tenia
En el inocente mozo,
Que no ménos la queria
Que quiso Piramo á Tisbe
De eterna memoria y vida,
La vea en tan breve tiempo
Tan cruelmente perdida.
Tal enemistad Albanio
Muy gravemente sentia,
Y hablando consigo solo
Estas palabras decia,
Y con extremos que hace
Que á gran compasion movian
Dice: — ¡Oh dulce Felisarda!
¿Que os cansó mi compañía?
¿Qué daño sentiste della,
Luz y espejo de mi vida?
Consuelo de mi tristeza,
Socorro del alma mia,
Principio de mi contento
Y fin do va mi alegría;
Remedio de mis enojos,
Vida por quien yo vivia,
Zanja donde me sustentó
Y do mi firmeza estriba;
Corazón de mis entrañas,
Dulce Felisarda amiga,
¿Dónde está la fe y palabra
Que yo firmada tenia
De aquesa divina mano,
Que me afirmaba y decia:
«Mi leal Albanio, espera
Solo en la esperanza mia,
Vendrás á alcanzar el premio
Que tu intencion pretendia?»
¿Es esto sueño, bien mio?
Es quimera ó fantasía?
O es un corto y breve antojo
Que el aire lo deshacia?
¿Para qué tanto fundar
Donde cimiento no habia?
Y diciendo estas palabras
Y otras que contar podia
De gran dolor y tristeza
Que el nuevo amor sentia,
De léjos vió una pastora,
Que recogiendo venia
Sus amorosas ovejas,
Ya que Febo trasponia

En el suelo, de su estado,
Vídolos un caballero
Que por allí pasó acaso,
El cual puso paz entre ellos,
Que malamente han lidiado.
Don Bradalin ha por nombre,
Hijo del Adelantado,
Del reino de Macedonia,
De gran renombre y ditado.
Luego que de la batalla
Fue brevemente informado
Y ya que Albanio y Tereo
En su amistad han tornado,
Díjoles una razon
Como sagaz y avisado.
—Si la dama quiere al uno,
Y en él pone su cuidado,
No hay para qué muestre el otro
El corazón alterado
Por amorés de la dama
De quien él es despreciado.
Tomado este parecer
A la dama han preguntado,
Que dice quiere á Tereo,
Que della está apasionado,
Y como razon discreta
A Bradalin le ha agradado.
Albanio por otra parte
Se vuelve desesperado,
Donde topó otra aventura,
Y se vido fatigado,
Y á gran pique de perder
Su honra, vida y estado.
Un leon sale al encuentro
Valiente, feroz y bravo,
Que tan solo con la vista
Infunde terror y espanto.
Arremetió con gran furia
Contra el valeroso Albanio,
Que como esforzado y diestro
Tan cruel golpe le hubo dado,
Que el fiero animal tendido
Y casi muerto, ha quedado,
Por donde tuvo lugar
De poner su vida en salvo,
Como aquel á quien tenia
La dura Parca guardado,
Para gozar de aquel bien
Que despues hubo gozado:
Y Don Bradalin prosigue
Su camino comenzado,
Y el venturoso Tereo
Con Felisarda ha quedado.
Mas la mudable fortuna
Y su destino ha ordenado
Que despues de largo tiempo,
Que ya Tereo ha gozado
A la hermosa Felisarda,
Se vea della privado,
Como en sus dulces amores
Os ha de ser recontado,
Para que estéis sobre aviso,
Que aunque tengais alto estado,
No os fieis de la fortuna,
Porque á la fin, da su pago.

(Rodríguez, *Romancero historado*.)

* Para este y el siguiente romance véase la nota del del número 326, porque las observaciones allí expuestas deben entenderse también con los dos que aquí se insertan, y aun con todos los del mismo autor.

Por cima del rico albergue
Do Felisarda tenia
Su dulce reposo y siesta,
Siempre que calor hacia.
Tuvo el temeroso Albanio
Algun tanto cobardía:
Por una parte mostrando
Gran esfuerzo y osadía,
Determina de hablalla;
Perdido el miedo que habia
Cobrado con su presencia
Por no saber quien sería,
Vido ser su Felisarda
Segun el traje y devisa.
Titubéale la lengua
De la sobrada alegría,
Y por encubiertas señas,
Como mejor él podia
Le dió á entender los conceptos
Que en su corazon habia;
Y alzando un poco los ojos
Que tan honestos tenia,
Vido por el aire un bulto
Que velozmente venia,
Y conoció ser un moro
Que sabe nigromancia,
A quien recontado el caso
Sagazmente determina,
Que Felisarda le quiera
Sin saber cómo se hacia,
Dejando á Albanio una carta
Que desta suerte decia.

«Veráste, Albanio, próspero y querido
El breve tiempo de tus tiernos años:
»Después, un poco ya en edad crecido,
»Vendrán te males tantos y tamaños,
»Que seas de tu bien aborrecido,
»Y morirán al fin estos engaños:
»Ten esperanza, Albanio triste, aguarda,
»Y gozarás tu dulce Felisarda.»
Y de Albanio y Felisarda
La dulce carta leida,
Deshecho el encantamento
Que el moro hecho tenia,
De los dos enemistados
Hace amistad muy crecida,
Y vuelve á su gracia Albanio
Recobrando nueva vida.

(RODRIGUEZ, *Romancero historiado.*)

334.

LA COLMENERA Y EL CABALLERO.

(De Don Luis de Góngora¹.)

Apeóse el caballero,
Vispera era de San Juan,
Al pié de una peña fria,
Que es madre de perlas ya;
Tan liberal, aunque dura,
Que al mas fatigoso, mas
Le sirve en fuente de plata
Desatando su cristal.
Lisonjeado del agua
Pide al sol, ya que no paz,
Templadas treguas al ménos,
Debajo de un arrayán.
Concediaselas, cuando
Vió venir, de un colmenar
Muchos siglos de hermosura,
En pocos años de edad;
Con un cántaro, una niña,
Digo, una perla oriental,
Arracada de su aldea
Si no lo es de la beldad.
Cantando viene contenta
Y valiente, por su mal;
La vasija hecha instrumento
Este atrevido cantar.

«Al campo te desafia
La colmeneruela.
Ven, Amor, si eres dios, y vuela
Vuela, Amor, por vida mia,
Que de un cantarillo armada
En la estacada
Mi libertad te espera cada día.
Este cántaro que ves
Será contra tu pereza,
Morrión en la cabeza,
Y embrazándolo paves.
Si ya tu arrogancia es,
Cual solía.

Al campo te desafia
La colmeneruela etc.»
Saludóla el caballero
Cuyo sobresalto al pié
Le puso grillos de hielo,
Y yendo á limallos él,
Amor, que hace donaire
Del mas bien templado arnes,
Embebida ya en el arco
Una saeta cruel,
Perdona al paves de barro,
No á la que embraza el paves,
Escondiéndole un harpon
Donde las plumas se ven.
Llegó el galán á la niña,
Que en un bello rosicler
Convirtió el color morado;
Y saludóla otra vez.
Ella, que sobre diamantes
Tremolar plumajes ve
Y brillar espuelas de oro,
Dulce le miró y cortes.
Lo lindo, en fin, lo lucente,
Si la saeta no fué,
Esta lisonja alianza;
Que ella escucha sin desden.
— Colmenera de mis ojos,
Y de labios de clavel,
¿Qué hará aquel
Que halla flechas en aquellos
Cuando en estos buscan miel:
Dimelo tú, y sépalo él.
Colmeneruela animosa,
Contra el hijo de la diosa,
Si ve tus ojos divinos,
Y esos dos claveles finos,
¿Qué hará aquel, etc.—
Desde el árbol de su madre
Trincherado Amor allí
Solicita la venganza
Del montaraz serafín.
Segunda flecha dispara,
Tal que con silbo sutil
Las plumas de la primera
Las tiñe de carmesí.
Tomóla el galán la mano
Encomendando á un rubí
Que la prenda el corazon
En un dedo de marfil.
La sortija lo ejecuta
Y Amor, que fuego y ardid
Está fomentando en ella,
Le hace decir así:
— Tiempo es, el caballero,
Tiempo es de andar aquí,
Que tengo la madre brava
Y el veros será mi fin.—
El contento fia su robo
De las ancas de un rocín,
Y ella, amante ya, su fuga,
Del caballero gentil.
— Decidle á su madre, Amor,
Si la viniere á buscar,
Que una abeja le lleva la flor
A otro mejor colmenar.
Picar, picar,
Que cerquita está el lugar.

Decidle que no se aflija
Y perdone al llanto tierno
Pues granjeó galán yerno,
Cuando perdió bella hija:
El rubí de una sortija
Se lo podrá asegurar,
Que una abeja le lleva la flor

A otro mejor colmenar.
Picar, picar,
Que cerquita está el lugar.—
(GÓNGORA, *Obras de.*)

¹ Mas bien que caballeresco, es amatorio este hermoso romance, lleno de amena, picante y festiva poesía.

SECCION DE ROMANCES CABALLERESCOS DE LAS CRONICAS GALEsas.

335.

AMADIS DE GAULA. — I.

(Anónimo.)

En la selva está Amadis,
El leal enamorado;
Tal vida estaba haciendo
Cual nunca hizo cristiano.
Cilicio trae vestido
A sus carnes apretado;
Con disciplinas destruye
Su cuerpo mas delicado.
Llagado de las heridas,
Y en su señora pensando,
No se conoce en su gesto,
Segun lo trae de delgado.
De ayunos y de abstinencias
Andaba debilitado;
La barba trae crecida,
D'este mundo se ha apartado:
Las rodillas tiene en tierra,
Y en su corazon echado¹,
Con gran humildad os pide
Perdon si habia errado.
Al alto Dios poderoso
Por testigo ha publicado,
Y acordadosele habia
Del amor suyo pasado,
Que así le derrribó
De su sentido y estado.
Con estas grandes pasiones
Amortecido ha quedado
El mas leal amador
Que en el mundo fué hallado.

(Cancionero de Romances.)

¹ En la *Rosa española*, segunda parte de romances de Timoneda, después de este verso añade los siguientes:

Con humildad y paciencia
A su señora ha invocado:
Diciéndole está: — ¡Oriana!
Si en alguna cosa he errado
Suplicote que perdones,
Pues me ves tan humillado.—
Con estas graves pasiones etc.

Este romance alude á la penitencia que Amadis de Gaula hizo en la peña Pobre, desterrado por injustos celos de la presencia de Oriana.— Cervantes parodia este lance del libro caballeresco, haciendo que Don Quijote, suponiéndose desdénado de Dulcinea, se retire á hacer penitencia á la Sierra-Morena.

336.

AMADIS DE GAULA. — II.

(Anónimo.)

En la selva está Amadis,
El leal enamorado:
De lágrimas de sus ojos
El campo tiene regado,
Por una carta sañosa
Que Oriana le ha enviado.
Palabras que está diciendo,

Son de dolor y cuidado.
— ¡Oh mi padre Perion!
¡Oh mi padre, rey honrado,
Que muero sin tú sabello,
Por lo cual yo mas penado!
¡Oh mi padre, si supieses
Quién aquesto me ha causado,
Bien sé no t'espantarias,
Ni de tí sería culpado!
¡Oh buen viejo Don Gandales,
Amigo mio muy honrado,
Vos me sacastes del arca
De la mar, do iba encerrado,
Siendo yo chica criatura
De aquesa noche criado!
Vos me mostrastes crianza,
Por do fui siempre estimado,
¡E agora que ya soy grande
Dejo vos desamparado!
¡Oh Mabilia, mi cohermana,
Ya de mí no habeis cuidado!
¡Doncella de Denamarca,
Mi servir has olvidado!
¡Oh mi señora Oriana,
Que muero por tu mandado!
Mas si d'ello eres servida,
No me llamo desdichado,
Antes me llamo dichoso
Y en la muerte afortunado.
A lo ménos donde fuere,
Aunque vaya condenado,
Lo uno en no ver tu forma,
Ni tu genio deseado,
E ver tu lindo semblante
Contra mí en furor tornado.—
Con el dolor que sentia
La habla se le ha quitado.
Estando así Amadis
Como de un sueño pesado
Vió venir un caballero
De todas armas armado.—

(Aquí comienza una glosa del romance de Amadis.
Pliego suelto.)

¹ Está entresacado de unas coplas que le sirven de glosa, donde queda cortado y sin concluir el romance.

337.

AMADIS DE GAULA. — III.

(Anónimo.)

Después que el muy esforzado
Amadis, que fué de Gaula,
Por mandado de su señora
La hermosa Oriana,
Partió de la peña Pobre,
Do la doncella le hallara,
Do la doncella le hallara,
Vinose á Miraflores,
Adonde Oriana estaba
Puesta en muy grande cuita
Por aquel que tanto amaba,
Tan lastimada y tan triste,